

John Steinbeck

LOS CRISANTEMOS

Ilustraciones de
Carmen Bueno

Traducción de
José Manuel Álvarez Flórez



Esta pequeña obra maestra de Steinbeck retrata la vida de Elisa Allen, una mujer fuerte y apasionada, que lleva una existencia sin brillo, dedicada a su hogar. Casada con un granjero de California, su única ilusión y orgullo es el cultivo de sus flores. La aparición de un buhonero le hará cuestionarse, en cierto modo, su condición de mujer.

Aparecido por primera vez en 1937 en la revista *Harper*, el autor norteamericano nos habla de la cuestión del género de una manera sutil y delicada. Es un momento en el que el mundo de las mujeres está dominado por los hombres, que impiden su realización personal, social y sexual.

El simbolismo que subyace a lo largo de toda la obra hace que sea uno de los relatos cortos más bellos e imprescindibles del ganador del Premio Nobel en 1962.







Los crisantemos



La densa niebla invernal alta y oscura aislaba el valle de Salinas del cielo y del resto del mundo. Se posaba a ambos

lados en las montañas como una tapa y convertía el gran valle en una olla cerrada. En la extensa vega, los arados múltiples hundían las rejas dejando a su paso la tierra negra brillante como metal. En los ranchos de la ladera del otro lado del río Salinas, los campos de rastrojo amarillos parecían bañados de un sol pálido y frío, pero en diciembre no había sol en el valle. La espesura de sauces de las riberas resplandecía con sus hojas ocres y amarillas.

Era tiempo de calma y de espera. El aire era frío y suave. Soplaban un ligero viento del suroeste y los granjeros abrigaban cierta esperanza de que lloviera pronto; pero la niebla y la lluvia nunca iban juntas.

En el rancho de Henry Allen, al pie de la colina del otro lado del río, había poco trabajo que hacer, porque ya habían segado y recogido el heno y los campos estaban arados para recibir bien la lluvia cuando llegara. El ganado de los ribazos más altos empezaba a tener el pelaje greñudo y áspero.

Elisa Allen, que trabajaba en su jardín, miró hacia abajo, al otro lado del corral, y vio a su marido Henry y a dos hombres con traje de calle que estaban hablando. Se encontraban junto al cobertizo del tractor y los tres apoyaban un pie en el estribo del pequeño Fordson. Fumaban cigarrillos y examinaban la máquina mientras conversaban.



Elisa los observó un momento y volvió a su trabajo. Tenía treinta y cinco años, el rostro enjuto y fuerte y los ojos claros como el agua. El atuendo de jardinera parecía ocul-

tar y engrosar su figura: sombrero negro de hombre encasquetado casi hasta las cejas, zapatones, un vestido estampado que apenas se veía debajo del delantal de pana grande con cuatro bolsillos grandes para las tijeras, el desplantador y raspador, los esquejes y el cuchillo con que trabajaba. Se protegía las manos con gruesos guantes de cuero.

Estaba cortando los tallos de los crisantemos de la temporada anterior con unas tijeras cortas y potentes. De vez en cuando desviaba la vista hacia los hombres del cobertizo del tractor. Su rostro era anhelante, maduro y bien parecido; hasta su forma de manejar las tijeras era demasiado anhelante y contundente. Los tallos de crisantemo parecían demasiado pequeños y manejables para su energía.

Elisa se retiró de los ojos un mechón de cabello con el dorso del guante, dejándose al hacerlo una mancha de tierra en la mejilla. Detrás de ella se alzaba la casa blanca y pulcra de la granja, rodeada de geranios rojos casi hasta las ventanas. Era una casita de aspecto imaculado, con ventanas impecables y una alfombrilla limpia en los escalones de la entrada.

Elisa echó otra ojeada hacia el cobertizo del tractor. Los desconocidos subían en aquel momento al Ford cupé. Ella se quitó un guante e introdujo los dedos fuertes entre los retoños de crisantemo que crecían de las raíces viejas. Apartó las hojas y miró entre los tallos apretados. No se veían pulgones ni cochinillas, ni caracoles ni orugas. Sus dedos de terrier eliminaban esas plagas antes de que pudieran empezar.

Elisa se sobresaltó al oír la voz de su marido. Se había acercado sin hacer ruido y se inclinó sobre la alambrada que protegía el jardín de ella del ganado, los perros y las gallinas.

—Otra vez dale que te pego —dijo él—. Tienes una buena cosecha en perspectiva.

Elisa enderezó la espalda y volvió a ponerse el guante.

—Sí. Serán fuertes este próximo año —dijo ella, con cierta presunción en el tono y en el gesto.

—Tienes un don especial —comentó Henry—. Algunos crisantemos amarillos de este año hacían un palmo de diámetro. Ojalá trabajaras en el huerto y consiguieras manzanas tan grandes.

Ella aguzó la mirada.

—Tal vez pudiera hacerlo también. Tengo un don especial, es cierto. Mi madre también lo tenía. Plantaba lo que fuese y conseguía que creciera. Ella decía que todo consistía en tener unas manos de plantador que supieran cómo hacerlo.



—Pues con las flores funciona, desde luego —dijo él.
—¿Quiénes eran los hombres con los que hablabas,
Henry?

—Sí, venía a decírtelo. Eran de la Empresa Cárnica del Oeste. Les he vendido treinta novillos de tres años. Y casi al mismo precio que les pedí.

—Muy bien —dijo ella—. Estupendo.

—Y había pensado —prosiguió él—, había pensado que como es sábado por la tarde, podríamos ir a Salinas a cenar a un restaurante, y luego a ver una película... para celebrarlo, si te parece.

—Muy bien —repitió ella—. Oh, sí. Será estupendo.

Henry adoptó su tono burlón.

—Esta noche hay combates. ¿Te gustaría ir al boxeo?

—Oh, no —dijo ella jadeante—. No, no me gustaría.

—Solo bromeaba, Elisa. Iremos al cine. Veamos. Ahora son las dos. Me llevaré a Scotty y bajaremos los novillos de la colina. Tardaremos unas dos horas. Llegaremos a la ciudad hacia las cinco y cenaremos en el hotel Cominos. ¿Te apetece?

—Pues claro que me apetece. Es agradable comer fuera de casa.

—De acuerdo, entonces. Iré a sacar un par de caballos.

—Tendré tiempo suficiente para trasplantar algunos de estos esquejes, supongo —dijo ella.

Elisa oyó a su marido llamar a Scotty abajo, junto al establo. Y poco después los vio cabalgar por la ladera amarillenta arriba en busca de los novillos.



Había un pequeño cuadro de arena reservado para que los esquejes de los crisantemos arraigaran. Elisa removi6 bien la tierra con el desplantador, la allan6 y la apret6 bien

con las palmas. Luego abrió diez surcos paralelos para los esquejes. Volvió al parterre de los crisantemos, arrancó los frágiles retoños, les cortó las hojas uno a uno con las tijeras y los colocó en un montoncito ordenado.

Llegó entonces de la carretera el chirrido de ruedas y el pesado golpeteo de cascos. Elisa alzó la vista. La carretera rural discurría paralela a la espesura de sauces y álamos de Virginia que bordeaba el río, y por ella subía un vehículo extraño, con un extraño tiro. Era un viejo carro de ballestas de cubierta de lona como los carromatos de los pioneros, de aquellos que llamaban *goletas de la pradera*. Tiraban de él un viejo caballo bayo y un burrito rucio. Guiaba el lento tiro un hombre corpulento con barba de varios días, sentado entre los alerones de la cubierta. Un perrillo flaco y larguirucho iba caminando tranquilamente debajo del carro, entre las ruedas traseras. En la lona había pintado un letrero con letras torpes y torcidas. «Cazuelas, pucheros, cuchillos, *tiseras, cortasespedes*. Se arreglan». Dos líneas de artículos y debajo el triunfal y definitivo: «Se arreglan». La pintura negra se había corrido en puntitos debajo de cada letra.

Elisa se quedó mirando, acucillada en el suelo, para ver pasar el extraño carro desvencijado. Pero no pasó de largo. Torció y entró en el camino de la granja, hacia la casa, con las viejas ruedas torcidas rechinando y chirriando. El perro larguirucho salió disparado de entre las ruedas y se adelantó corriendo. Los dos perros pastores del rancho corrieron a su encuentro. Luego se pararon los tres y con los rabos tiesos y temblones, las patas rectas y tensas, con dignidad de embajadores, dieron la vuelta despacio, olfateándose con delicadeza. El carromato llegó hasta la alambrada del jardín de Elisa y se detuvo. Entonces, el perro recién llegado se sintió inferior en número, bajó el rabo y se retiró debajo del carro enseñando los dientes y erizando el pelo.

—Es un perro peligroso en una pelea cuando se lanza
—gritó el hombre sentado en el pescante.